

Vicente Mengod

Sobre el recuerdo de Chateaubriand



ON frecuencia existe un abismo entre el ideal y la realidad. Detrás de algunas de las más bellas frases se levanta una riqueza de imaginación, una lejana reminiscencia de un sueño alumbrado con esfuerzo, algo así como el reverso de una leyenda.

He ahí el caso de Chateaubriand, cuando en sus elocuentes, pero inexactas «Memorias de Ultratumba», evocando el poético «dolor de los viajes», exclama: «Sólo acababa de partir, y la tristeza se me unió en el camino».

Melancolía de poeta, excesivamente literaria, sin entronque preciso con la realidad, farándola romántica, brillante artificio reducido a polvo en labios de consejeros y confidentes indiscretos.

Chateaubriand, en la época de sus mejores trinos poéticos, viajaba siempre acompañado de su esposa. Y a lo largo de los caminos, adquiría un sentido dinámico la desaveniencia de un hogar constituido por el hombre que imaginaba un alma a cada paisaje, y la mujer física, glandular, enamorada de la huella que sus pies iban dejando en la tierra firme. El poeta se aburría: su vida fué una especie de contradicción. Por un lado, su existencia de hombre zarandeado por las pequeñas miserias. Como telón de fondo, una nostalgia impresionista, un deseo de eva-

dirse en alas de la genialidad. El resultado de todo ello: varios volúmenes concebidos de un modo poético, ejecutados en una prosa trabajada, rica en elementos pintorescos, en expresiones enfáticas, discursos altisonantes, breves estados psicológicos y, como aureola, un indiscutible arsenal de hermosas frases.

Chateaubriand quiso ser un Magallanes polar. De ahí la influencia del mar en su literatura. En sus viajes recorrió lejanos países. Sus cuadernos de notas fueron poblándose de rasgos pintorescos, de esquemas paisajistas y del sentido de los vastos aspectos de la naturaleza. Las selvas, el agua, las sombras transparentes del cielo, la dulzura de los crepúsculos, la reconstrucción del mundo bárbaro, fueron engarzándose en arrebatos de poesía lírica.

En todos los breviarios románticos se destaca la célebre frase que señala la evolución del maestro de la prosa: «J'ai pleuré et j'ai cru». Llorar para creer, o creer para llorar, son en el fondo idénticos perfiles de un espíritu atormentado. Feliz expresión que en labios de Chateaubriand se identifica con la realidad, ya que, en efecto, existe un abismo de posición espiritual entre las dos manifestaciones del hombre que, en sus años mozos, emigrado en Inglaterra, escribe el «Ensayo sobre las Revoluciones», y el diplomático que, establecido en Roma o desempeñando cargos de confianza corrige el «Genio del Cristianismo» y escribe las «Memorias de Utiatumba».

En su primer libro se advierten las doctrinas filosóficas típicas del siglo XVIII. Sobre todo del racionalismo francés, convertido por exigencia en medio de combate. Hoy día resulta interesante la lectura de esta obra para establecer un cuadro de contradicciones entre las distintas producciones del prosista francés. A través de sus conclusiones dolorosas, de sus objeciones al catolicismo y de su espíritu de incredulidad, se mezcla un acento de melancolía que anuncia ya en el gran romántico el deseo de evadirse de la realidad, no por las vías de la razón, sino por las del sentimiento. Sueño que habrá de realizar plena-

mente llevado por la magia del idioma, del sustantivo abstracto y del adjetivo bien situados, de la imagen sencilla, de la perífrasis musical. Adquisiciones que brillarán después en los grandes poetas románticos franceses.

Es un hecho comprobado que la sensibilidad oscila entre dos polos: objetividad e idealismo; sensibilidad e inteligencia, o lo que es lo mismo: placer de sentir y de comprender. Por eso, el fluir del tiempo que todo lo clasifica y depura, y la evolución interior del gusto, han influido bastante en la valoración de Chateaubriand. Valoración subjetiva, enlazada al mismo tiempo con las causas externas de la renovación literaria, tales como la conquista del aire, el renacimiento naturalista empapado de reminiscencias clásicas, fusión de las culturas nacionales, desplazamiento de la civilización a otras latitudes. En la actualidad la lectura de «Atala», de «René» y del «Ultimo de los Absentes» no despierta en los espíritus las mismas vibraciones arrebatadas que a mediados del siglo XIX. Sin embargo, «el mensaje formal» es permanente. Muchos escritores franceses se explican comprendiendo a Chateaubriand. La tendencia de algunos poetas románticos a estilizar sus personajes y sus estados de alma, bien puede vincularse a ciertas páginas del «Genio del Cristianismo» en donde la prosa consigue sus mejores efectos, mediante el recurso de poner en contraste un estado anímico y un objeto material. En muchos ensayos se ha citado la «alta columna que se muestra sola, de pie, en un desierto, tal como un gran pensamiento se eleva por intervalos en un alma que el tiempo y la desgracia han devastado». Contraste de singular elegancia, original. Técnica, en suma, de grandes posibilidades en el recinto de la poesía.

Lamartine y Vigny siguieron estas huellas. Víctor Hugo y Musset las respetaron como trasfondo de sus creaciones. Gustavo Flaubert reconoce que muchas modalidades de su obra derivan inmediatamente del gran renovador de la imaginación francesa.

Por otra parte, la modalidad típica de Chateaubriand de

buscar un ritmo a la frase mediante una gradual disposición de substantivos enfilados con gracia, recogiendo en una serie de enumeraciones todas las resonancias de lo más inmediato y las alusiones a emociones actuales o pretéritas, permite realzar, en cierto modo, la doctrina estética de que una epopeya encarne al universo entero. Sentido de pluralidad que explica la riqueza de datos reales o subjetivos que se unen para formar una obra-mosaico, tal como el «Genio del Cristianismo», hábilmente unida en virtud de ficciones ingeniosas o de una convicción moral.

Una lectura de las obras de Chateaubriand nos permite abarcar el extenso panorama de motivos, paisajes, emociones, fábulas y personajes atacados de fiebre romántica, o realistas y viriles, a su manera. Grecia y Roma antiguas, Roma cristiana, el París del siglo IV, el paganismo y el cristianismo, un rincón del mundo celta con sus druidas, el Olimpo pagano y el infierno cristiano, el purgatorio, Pan y Jesús, Homero, Virgilio y Ovidio, Juliano el Apóstata, Voltaire y Volney desfilan, diciendo su voz, ensayando sus gestos. Esfuerzo extraordinario a veces insuficiente, el de Chateaubriand, para coordinar tanto elemento, tal riqueza de impresiones, en muchas ocasiones al borde de un tremendo disparate, difuminado, no obstante, por una singular habilidad artística. Índice extenso, creado y desarrollado con dignidad estética, sin aspirar a grandes profundidades de análisis, deleitándose en las suavidades superficiales. Forma en desequilibrio con el fondo, algo así como el cultivo del placer que supone percibir la belleza de cada cosa, de los objetos y de las situaciones más diversas. Arte minucioso, del mínimo detalle, del primor de lo sencillo, revuelo de artista que va de la majestad a la gracia, de la santidad a la sonrisa. Esfuerzo literario para demostrar que la naturaleza habla a ciertas personas elegidas, disparando su sensibilidad. Equivalencia, en suma, de la conocida expresión que dice: «El paisaje es un estado de alma». Frase que bien pudo haber formulado

cualquiera de los enamorados y tristes personajes de las narraciones de Chateaubriand.

Es cierto que los elementos artísticos que se entrecruzan en cualquiera de sus obras estaban ya dados en la literatura francesa. Pero el autor de las «Memorias de ultratumba» supo realizar un trabajo de selección, de lima y lógica ordenación, haciendo y rehaciendo la frase, tallando y puliendo las piedras. Volney y Bernardin de Saint Pierre habían apuntado ciertas posibilidades, casi al mismo tiempo. Pero ninguno de los dos alcanzó a dar a sus cuadros la plasticidad necesaria. Les faltó sensibilidad, y les sobró inteligencia para lanzar a la circulación el caudal de neologismos, de palabras pintorescas que esmaltan las páginas de Atala y René. Claro está que Volney y Bernardin de Saint Pierre en sus «Ruinas» o en sus «Estudios de la Naturaleza» sabían sugerir a la manera de Pascal, mientras que Chateaubriand ahoga a sus personajes en un océano de frases orquestadas, con frecuencia sin vigor. Detalles que anulan el verdadero acento en hojarasca brillante, hasta tal extremo de que, como tantas veces se ha dicho, «los árboles no dejan ver el bosque».

Con razón decía el autor de «Paul et Virginie»: «Yo tengo un pequeño pincel; Chateaubriand tiene una brocha».

¿Metáfora maliciosa o expresión de modestia? Tal vez nos sorprendería la respuesta dada a este interrogante, hoy día, por ciertos novelistas y poetas que surcan las corrientes del vivir en carabelas de enrevesados «ismos». Pero no cabe duda que todas las impresiones estéticas que hemos ido señalando contribuyeron a formar la sensibilidad de hombres que alcanzaron admiración y respeto en las letras europeas. ¡Qué mejor enseñanza y legado del taciturno Chateaubriand, siempre con la tristeza por compañera!

...

El «Genio del Cristianismo» ha sido erróneamente interpretado, en alas del fanatismo primario, como instrumento de teología dogmática y de controversia, cuando en realidad se reduce a un feliz intento de manifestación estética. El mismo contenido de la obra favoreció las aspiraciones originales de su autor. La parte dogmática es débil e incompleta, los temas históricos apenas abordados, las influencias de la cultura científica casi volatilizadas. Por eso, sus razones enternecen, pero no prueban; emocionan sin convencer. Dirigidas al mundo incrédulo, no produjeron, sin duda, ninguna conversión. Tal vez, despertaron la curiosidad y la simpatía, formas, en definitiva, de amor y conocimiento. Pero, como tantas veces se ha escrito, si Voltaire había escarnecido la sublime poesía de los Sagrados Libros, Chateaubriand la rehabilitó, haciendo el paralelo entre la Biblia y Homero. Y si muchos artistas habían renegado de todas las instituciones cristianas por absurdas y bárbaras, las páginas del «Genio del Cristianismo», con su acento patético, sus destellos de poesía y místicas irisaciones del sentimiento religioso, llamaron a todas las puertas de la imaginación, invitando a los poetas «a meditar en los claustros».

Sin embargo, por encima de toda la emoción orquestada de esta obra, nosotros vemos un problema de técnica resuelto, como es típico en Chateaubriand, por las vías del sentimiento, ya que los caminos de la razón, al exigir un trazado rectilíneo, no admiten con facilidad el juego metafórico que distrae y puebla la fantasía de argumentos sólo reconocidos por el corazón.

Como es lógico, las ideas religiosas pueden ser aceptadas o discutidas. Chateaubriand lo comprendió, como una resonancia en su espíritu de los años vividos en la emigración, cuando trazó los planes de su «Ensayo sobre las Revoluciones». Por eso, tuvo que aguzar su inteligencia para elevar las ideas religiosas

al estado de pasión, para que los terribles misterios de la fe se convirtieran en máquina poética susceptible de disparar emociones o de convencer y convertir, en última instancia. Y todo su esfuerzo se volcó para articular los principios de una poética cristiana, apta para inspirar composiciones elegíacas, poemas cristianos, obras de inspiración nacional, en momento en que la primera autoridad reabría en Francia las puertas de los templos. Una poética que inclinaría a los hombres franceses del siglo XIX a repetir lo que hicieron los pueblos antiguos con sus dioses y sus patrias. Pero substituyendo la inspiración moral hallada en una pluralidad de dioses terribles y vengativos por las fuentes más puras de la vida y del arte que fluyen del mono-teísmo cristiano, tratando de probar el principio estético de que la religión cristiana es más favorable que el paganismo para el desarrollo de los caracteres y para el juego de las pasiones. De ahí el problema de realización que hubo de resolver Chateaubriand hasta donde es posible, tal como poner en contraste los rasgos maravillosos de la mitología y los de la religión cristiana. Así surgieron los «Mártires», la obra más trabajada de su autor. Especie de monumento literario del siglo XIX, obra grande, independiente de sus teorías, ya que no faltaron impugnadores que, al desgaire, y con cierta ironía dirigieron sus flechas contra «un cielo con tronos y dominaciones en la época de Laplace».

Obra, sin duda, llena de puntos vulnerables, pero realizada poniendo en marcha, como aluvión, todas los recursos de un estilo trabajado, de una prosa para ser leída en voz alta, dejando que las palabras suenen como melodía para que el alma perciba las inefables bellezas de la música del idioma.

Por otra parte, su narración «René», no obstante ser uno de los más delicados libros de amor, ofrece al lector la singularidad de estar pensado y escrito de una manera más directa, en un estilo menos rebuscado, casi ausentes el período moroso y altisonante. De ahí, su gran simpatía, a pesar de los efectos extraños que pudo producir en ciertas áreas de la juventud.

Libro de amor que la valoración literaria debe colocar junto al ya citado «Paul et Virginie», al «Werther» de Goethe, y al «Adolfo» de Benjamín Constand.

Precisamente al lado y en parangón del «Werther» para fijar sus puntos de contacto y sus diferencias, sus maneras de ver enfocada la trivialidad de la existencia y la solución sentimental conseguida, bien sea con la muerte voluntaria o el refugio en las soledades americanas, entre los salvajes.

Hoy día en que los libros de amor son escasos, esta obra de Chateaubriand, fiel exponente del sentimentalismo de una época determinada, nos ofrece, perdida en la lejanía del recuerdo, la imagen de un momento espiritual en que, al menos literariamente, podía ser justificado, ya que no es permitido, el suicidio por amor. Esa bella época del romántico Herder que leía las cartas de su novia, quien sabe si a orillas de algún lago encantado y celebraba aquellos arrebatos que decían: «Contemplando la luna, he caído de rodillas. En el césped he descubierto uno gusanillos de luz, y los he puesto sobre mis cabellos, cuidando de asociarlos por parejas para no turbar sus amores».

Pero el tiempo vuela, sin embargo. Y la luna, fruto caído del árbol romántico, adquiere significaciones deportivas. Algunos libros han envejecido, como el frac y el pantalón de sus héroes centrales. La sensibilidad rechaza la excesiva absorción en la naturaleza, la abundancia de exclamaciones, la riqueza de apóstrofes a los seres animados e inanimados, los torrentes de lágrimas.

Chateaubriand, artífice de la prosa, resume en su obra la revolución literaria del romanticismo. Fué un verdadero torrente de imaginación y sensibilidad puestos al servicio del movimiento de transición moral y política de su siglo. Su técnica de establecer jerarquías de palabras, fué recogida por los grandes escritores que le siguieron en Francia. Su orquestación de la frase revive en los poetas modernos. La gradación de los adjetivos evocadores de los espacios y tiempos infinitos, la traducción

musical de la naturaleza indican con fuerza los derroteros de la poesía romántica.

Si otros méritos no tuviera el autor del «Genio del Cristianismo», bastaría el de haber organizado una prosa de rumbos poéticos en momentos en que el verso estaba encastillado todavía en las reglas clásicas.

...

Chateaubriand fué un coleccionista extraordinario. Grabados, medallas, herbarios exóticos fueron ocupando vitrinas y estantes de su romántica residencia, en Chatenay Malabry, verde y florido pueblecillo próximo a París.

Hace tiempo, algunos lustros fugaces, las circunstancias nos llevaron, primero, a la rada de Saint Malo, en donde reposa Chateaubriand, a orillas del Océano, entre el ruido incesante de las olas que parecen acunar «la tristeza de su alma y la eterna melancolía de su pensamiento».

Después, desandando el hilo de una peregrinación fría e intelectual, llegamos hasta las puertas de la vieja casa del gran romántico. La yedra formaba sobre la fachada un mullido refugio de pequeñas alimañas. Sobre algunas piedras, los dragoncillos dormían su borrachera de sol. Suspendidas del viento, las arañas hilanderas trenzaban sus delicados encajes.

Visita sin premeditación literaria, ya que incluso habíamos dejado, quien sabe dónde, un volumen de las obras de Chateaubriand. Sabíamos que al hacer vibrar la gran campana del zaguán, saldría a recibirnos algún hombre ajeno a las inquietudes románticas, preocupado, tal vez, no por el aspecto floreal del cielo, de los campos y de las fuentes, sino por los negros nubarrones y por el polvo de los caminos, preludio en aquel entonces de marchas bélicas. Y en efecto, un hombre de pelo rojizo nos tendió la mano. Y como repitiendo un discurso olvidado fué grabando en nuestra memoria: «Aquí vivió Chateaubriand. Fué

su casa, puerto de refugio de sus andanzas. Desde esta ventana contemplaba la realidad de su plural sueño botánico. Desde los cuatro puntos cardinales fué trayendo árboles y arbustos para formar una guirnalda en torno el lago, en el que no faltan sus cisnes y el palacete romántico, cubierto de flores, retiro amable y sombra perfumada...»

En silencio transitamos por las grandes avenidas del jardín y por las habitaciones que sólo se abren al visitante. Allí, libros con dedicatorias, grabados, pájaros embalsamados, algunas medallas. Después, fué el paso rápido por las dependencias vulgares, realistas, con mesas sencillas, camas de corte hospitalario, braseros y botiquines de urgencia. Y como huéspedes, hombres ensimismados, doncellas con atavíos de fiestas imaginarias, ancianas con antimonio en los ojos, y brochazos de bermellón en los pómulos. Toda una fauna desquiciada, soñadora, tal vez romántica en horas de lucidez.

El hombre rojizo, médico francés alienista, guía de curiosos en horas perdidas, nos invitó a compartir la parvedad de su mesa, y a seguirle en su charla inagotable, matizada de expresiones pintorescas. En torno a su médico y protector, como una guardia devota, los desquiciados y soñadores, trashumantes huéspedes de casas de locura, fueron diciendo su voz, exhibiendo la plasticidad de sus atavíos.

«¡Ah, Chateaubriand, qué buen muchacho era!», exclamaba con insistencia nuestro improvisado anfitrión. «De su recuerdo he levantado un culto en estas paredes. Recuerdo todas sus mejores frases, las poéticas y las que anticipan el zarpazo realista. Las que son elemental caricatura psicológica y las que son fiel retrato de su alma. Arte, análisis, visión del hombre actual.

Y al despedirnos del médico francés, que de la mansión de Chateaubriand, a allá en Chatenay Malabry, había hecho un refugio de aristócratas dementes, llevábamos, como recuerdo y obsequio de visita, la fotografía de un autógrafo, una elástica profesión de fe que resume la vida de Chateaubriand, escritor,

diplomático, ministro o par de Francia, empeñado en violentas polémicas literarias y políticas.

Ahora al escribir sobre el recuerdo de Chateaubriand, recordamos las palabras que marcaron su postura de hombre público: «Soy partidario de los borbones por honor, realista por razón y por convicción, republicano por gusto y por carácter».